



El señor Kant se hace mayor

Mister Kant Comes of Age

■ Javier Ordóñez

El pasado 22 de abril se cumplió el bicentenario de la muerte de Immanuel Kant (1724-1804). Han pasado doscientos años, dos siglos que nos han dejado la herencia petrificada de un filósofo al que tratamos más como un fósil que como un pensamiento vivo. Y precisamente por ello, optaré por rendir un homenaje al Kant inseguro de los primeros años de juventud frente al pensador triunfante y estereotipado. Ahora se acentúa la importancia del Kant maduro, tratando de reivindicar su "vigencia" por medio de preguntas como: ¿qué queda del Kant gnoseólogo, del Kant ético en nuestra cultura? ¿Cuál de los dos es más importante? En verdad, son preguntas tan académicas y respetables como manidas. Kant ha vivido en el pensamiento y los escritos de muchos científicos desde las primeras décadas del siglo XIX, provocando tanto adhesiones como controversias y críticas. Ofrezco como ejemplo científicos tan diferentes como August Moebius, William Rowan Hamilton, Carl Weierstrass, Henri Poincaré y Ernst Zermelo. Ninguno de ellos se recreó en preguntas como las anteriores, tal vez porque Kant no era entonces el negocio filosófico boyante que fue a partir de las primeras décadas del siglo XX, cuando se explotó a fondo la industria kantiana. Por todo ello, creo más adecuado dirigir brevemente la atención hacia el Kant joven, a los años de su vida anteriores a ese periodo que se suele denominar sumariamente como *precrítico*, denominación que parece dictada más por la pereza que por el ánimo de entender los itinerarios intelectuales del filósofo de Königsberg.

Ya en el primer centenario de su muerte, en 1904, el filósofo alemán Hans Vaihinger fundó la Kant-Gesellschaft, una sociedad dedicada al estudio de la obra y pensamiento de este filósofo. Gracias a su trabajo, los investigadores de la historia del pensamiento filosófico disponen de una edición cuidada de sus obras. La actividad de Kant-Studien, la revista que llegó a convertirse en su órgano oficial, ha continuado hasta nuestros días, aunque haya sufrido algunas interrupciones en su publicación. No parece que en este segundo centenario se llegue a realizar una contribución tan significativa a la filosofía kantiana, aunque, sin duda, servirá para analizar la vida de Kant y convertirlo en parte de alguna historia. En definitiva, el gran filósofo de Königsberg merecería tomar carne mortal e histórica y, en este caso, conver-

El autor es Profesor del Departamento de Lingüística, Lenguas Modernas, Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad Autónoma de Madrid (Madrid, España).

tirse en alguien que vivió en un mundo concreto con el que mantuvo intercambios de intereses y aficiones; un mundo con encantos y problemas que determinaron sus puntos de vista y sobre el que pudo influir a través de su trabajo.

Cuando se enumera la lista de los más prestigiosos filósofos de todos los tiempos, Kant suele figurar en ella. Se le considera una de las fuentes de la filosofía alemana contemporánea, aunque no se le integre en la filosofía romántica y más bien se le encasille en la Ilustración. En todo caso, como sucede con filósofos de pensamiento fuertemente personal, Kant es difícilmente clasificable. Muchos de los filósofos alemanes de la generación inmediatamente posterior lo consideraron un provinciano, tanto en cuanto a costumbres personales, como en lo que se refiere al carácter de su pensamiento. Posteriormente, el manierismo de algunos analistas de su pensamiento restringió el interés de su obra al periodo crítico, *Crítica de la razón pura*, *Crítica del juicio* y obras satélites. No cabe dudar del interés de esos trabajos, ni de su carácter medular, pero la vida intelectual de Kant mantuvo una cierta unidad de intereses y de búsqueda que, habitualmente, queda camuflada por una restricción tan radical que considera todo lo anteriormente escrito por el autor como parte de un periodo de espera, de tentativas ciegas y de sueños dogmáticos. Así, la vida de Kant queda convertida en una biografía paulina en la que un conjunto de lecturas provocó una conversión radical, de la que surgió el "nuevo" Kant desprovisto del dogmatismo metafísico al que debía combatir desde el mismo momento de su conversión, eso sí, racional.

Esta presentación tan sumaria, en la que además se suele destacar su puntualidad, su odio a los viajes y su talante más o menos huraño, es bastante habitual. El colmo de su excentricidad fue, se suele añadir, no sólo que nació en una ciudad del extremo oriente europeo, Königsberg, sino que además nunca salió de ella. Así, habría sido un filósofo concentrado en su dedicación al estudio, y para explicarlo se hace notar su soltería e incluso su hipotética virginidad. Todo ha jugado a favor de la creación de este estereotipo y a su difusión.

Las recientes investigaciones sobre su biografía aportan detalles de su actividad intelectual y de su medio cultural que ayudan a entender mejor la generación de sus intereses en una vida menos paulina, más ilustrada y, sin duda, más rica. No obstante, parece poco razonable pretender aquí una revisión de toda su biografía, ni siquiera completarla. En todo caso, sí conviene centrarla en su contexto histórico ilustrado alemán, perspectiva donde adquiere su auténtico interés. Kant no fue un profesor de universidad al modo en que lo han sido muchos filósofos posteriores, ni lo que los herederos de la filosofía romántica quisieron que fuera. Kant vivió antes de la gran fractura gremial que, en las primeras décadas del siglo XIX, se produjo en Alemania entre los filósofos y los científicos de la mano del gran debate romántico sobre la Naturaleza. Kant fue, por el contrario, un pensador seducido por el conocimiento de las ciencias nuevas que se expandieron por Europa durante el siglo XVIII provenientes de Gran Bretaña, de Francia, de Holanda, y del norte de Italia, primordialmente. Desde sus primeras obras hasta el conjunto de escritos que se denomina *Opus postumum*, late su interés por las ciencias de su época. Tal vez ese interés fue muy evidente para muchos científicos alemanes

del siglo XIX que estudiaron las obras kantianas antes de que los filósofos profesionales se convirtieran en custodios de su pensamiento.

Situemos a la Königsberg de Kant en el mapa de la época. Era una ciudad prusiana de origen medieval, fundada en 1255 por los caballeros teutones, asociada desde 1340 a la Liga Hanseática y capital de Prusia hasta 1701. Cuando nació Kant en 1724, Prusia estaba dividida en dos zonas geográficas separadas y Königsberg era la capital de la zona oriental, pero la cabeza política del reino se había asentado en Berlín. El reino de Prusia se había occidentalizado y los reyes residentes miraban al Oeste. A pesar de todo, Königsberg se mantenía como un puerto importante en el Báltico; un lugar que acogió minorías significativas de europeos que llegaron hasta allí por motivos comerciales, como era el caso de los holandeses o británicos; o por motivos religiosos, como ocurría con la minoría hugonote que huyó de Francia llevando su lengua y costumbres; o la minoría judía, siempre amenazada, que encontró en la ciudad una relativa buena acogida en aquellos tiempos. Königsberg era así una ciudad pequeña para las dimensiones de nuestra época, pero no una ciudad provinciana o aislada. Sirva de ejemplo que, a lo largo del siglo XVIII San Petersburgo se convirtió en la nueva y pujante ciudad rusa donde se fundó una academia de ciencias que acogió a Leonard Euler, uno de los matemáticos más prestigiosos de su época (quien con el tiempo también residió parte de su vida en Berlín, en la Academia de Ciencias).

Es razonable pensar que Kant estuviese al tanto de los trabajos científicos y de las opiniones filosóficas de ese matemático y de otros pertenecientes a las diferentes sociedades que mostraban una gran pujanza en el cultivo del conocimiento. Königsberg no estaba tan lejos del resto del mundo europeo como para no conocer el auge de la influencia de Newton, por más que las universidades prusianas estuvieran bajo la influencia de los leibnizianos, y especialmente de Wolf. La universidad de Königsberg no era la más importante de Prusia. Sin duda, la universidad de Halle era la más famosa, pero debe recordarse que, en términos generales, el siglo XVIII fue la época de mayor depresión del sistema universitario. En Königsberg, la universidad no disponía de una biblioteca suficientemente dotada, sus planes de estudios estaban organizados en secciones con regusto medieval, donde la filosofía era una facultad menor al servicio de las facultades de teología, derecho y medicina, y lo que hoy conocemos como "disciplinas científicas" estaban casi fuera del alcance de los estudiantes. Apenas se estudiaban ciencias tan pujantes como la nueva matemática, que se impulsaba desde los desarrollos del análisis infinitesimal, o la química que se asentaba como una ciencia experimental con gran futuro. Una parte significativa de los que se interesaban por la filosofía estudiaban teología y terminaban por entrar al servicio de la Iglesia como pastores. Las cuestiones más "científicas" relacionadas con la naturaleza se trataban en la facultad de medicina, si es que llegaban a atraer la atención de algún miembro de la universidad. No era una situación que se diferenciara de la de muchas universidades europeas el siglo XVIII. Durante la mayor parte de ese siglo, las ciencias se desarrollaron en el seno de las sociedades ilustradas que nacieron en torno a las cortes, y que gozaron de patrocinio o al menos de protección de los gobiernos.

En este contexto se formó Kant, en una universidad que gozaba de poco prestigio pero que, mejor o peor, actuaba como caja de resonancia de los problemas intelectuales que se planteaban en el mundo exterior. La singularidad de Kant es que se dio cuenta de la importancia de esos problemas y que no quedó esterilizado por el contexto universitario. Kant ingresó en la universidad en el año 1740 y no la abandonó nunca. Incluso los seis años que vivió fuera de Königsberg, porque Kant vivió tiempo fuera su ciudad natal, fue miembro de la universidad. En resumen, fue un universitario en época de preeminencia de las sociedades científicas e interesado por las cuestiones que se debatían en ellas. Contrariamente al estereotipo, Kant era un hombre de mundo que frecuentaba salones de los ilustrados prusianos, que se mostraba encantador con las damas y al que le gustaba viajar por Prusia oriental.

¿Qué le interesaba a Kant en la época de estudiante? La universidad, como ya se ha dicho, era una caja de resonancia de debates entre metafísicas de diferente orientación. Los aristotélicos todavía tenían su voz, a la que se añadía la de los cartesianos, y la de los supuestos seguidores de Leibniz que combatían contra la gran cruzada científica en que se convirtió la aventura newtoniana en el continente. No siempre se trataba de debates generales, sino de disputas en torno a problemas específicos que tenían que ver con el cálculo, la mecánica, la naturaleza de las combinaciones químicas, el origen de los planetas, las formas de manifestarse la vida o con la autonomía de los reinos. Muchas veces, se veían impulsados por las sociedades ilustradas o las academias de ciencias, que convocaban premios para dirimir las cuestiones más candentes. Otras veces, las opiniones se manifestaban en opúsculos o en publicaciones de la índole más diversa, que alimentaban los debates incluso en el ámbito local de una universidad determinada.

La primera obra escrita por Kant trató sobre el problema de las fuerzas vivas que enfrentaba a cartesianos y leibnizianos, en el que también terciaban los newtonianos. La cuestión se planteaba de muchas formas, pero también a la manera metafísica: se trataba de saber si todos los movimientos podían explicarse por medio de la magnitud cartesiana de la cantidad de movimiento, o si era necesario suponer que existía una cualidad íntima en las sustancias, una fuerza viva, que pudiera expresar algún tipo de actividad desde su interior. A lo largo del siglo XVIII el debate derivó hacia consideraciones más matemáticas, sobre si se podría construir la mecánica como ciencia matemática simplemente por medio de un principio de conservación de la cantidad de movimiento, o si eran necesarias consideraciones sobre fuerzas, a la manera de Newton; o si convenía tomar en consideración la conservación de la *fuerza viva* de origen leibniziano. La polémica alcanzó mucha notoriedad y hubo un sinnúmero de colaboraciones que oscurecieron una cuestión ya de por sí bastante compleja. El librito de Kant contribuyó a fortalecer la confusión, pero lo importante no es fijarnos en la respuesta que dio al problema, sino destacar su interés por este tipo de cuestiones.

Podemos establecer la siguiente conjetura: el joven Kant era muy ambicioso intelectualmente hablando; estudiaba a los pensadores y escritores antiguos a los que respetaba pero no veneraba; convivía en una sociedad universitaria pietista que, sin embargo, estaba muy influi-

da por el leibniziano Wolf, y estaba atento a las discusiones que consideraba más prometedoras. Su ambición se centraba en saber cuál de los problemas intelectuales era más fecundo, porque sabía que no todos llegarían a tener la misma proyección en el futuro. Así, apuntó a los que consideró más prometedores, y comprobó una y otra vez que sus herramientas conceptuales eran inadecuadas para obtener de ellos ningún fruto. La conjetura se podría expresar diciendo que el Kant joven, el Kant estudiante, y luego tutor, y luego Magíster pudo tener éxito entre sus estudiantes por su penetración en los análisis realizados en las clases o en sus conferencias; pero intelectualmente tuvo la sensación de no estar a la altura de aquellos que resolvían los mismos problemas en el exterior, en las academias y en las sociedades ilustradas.

Kant, por ejemplo, se interesó mucho por la teoría cometaria. Knutzen era un profesor suyo en la universidad que había predicho el regreso del cometa de 1698 para el año 1744. Efectivamente, en 1744 se atisbó un cometa, y todos los estudiantes y ciudadanos de Königsberg pensaron que Knutzen era un nuevo genio. Para celebrarlo, publicó un escrito sobre los cometas (*Pensamientos sobre los cometas*) que era un ensayo de naturaleza metafísica, al estilo wolfiano. Parece que su publicación despertó la vocación o la curiosidad de Kant. Pero la alegría no es muy larga en la casa del pobre, y Euler demostró que Knutzen estaba equivocado: el cometa del 1744 no podía ser el del 1698 dadas las características de su órbita y otros parámetros mecánicos. Kant también supo de las opiniones de Euler, y la metafísica se le reveló así como una herramienta inadecuada para describir los cielos.

La relación de Kant con la ciencia, con las ciencias de su tiempo, ha sido objeto de estudio y de debate. Es probable que se sintiera tentado por ellas al considerarlas, más que sistemas de conocimientos, auténticas redes generadoras de problemas más o menos bien definidos y que se podían abordar con diversas herramientas. Pero, no todas daban el mismo resultado. Ante eso, la respuesta de muchos filósofos, ya en su tiempo, fue que los problemas de las ciencias eran intelectualmente banales. Algo así como decir: los únicos problemas interesantes son los que puede resolver la metafísica con sus herramientas. En el siglo XVIII, los métodos no estaban tan perfilados como para creer que las cuestiones relacionadas con las matemáticas, con la física, con la naturaleza de los cuerpos celestes o terrestres, o con la mecánica, debían abordarse de una y sólo de una forma. De hecho, la Ilustración tuvo un carácter metodológico mixto, no sólo porque se cruzaran los supuestos métodos filosóficos y científicos, sino también porque las denominaciones de los saberes ayudaban a que las fronteras fueran borrosas. Por ejemplo, lo que tenía que ver con la *física* no se consideraba necesariamente relacionado con la mecánica como una ciencia de la materia y el movimiento; también podía tratarse de asuntos de dinámica, ciencia más cercana a ideas provenientes de teorías de la sustancia, tanto de origen neoaristotélico como leibniziano.

Sin embargo, Kant no era un historiador de la Ilustración, sino un pensador de su época que padeció esa confusión metodológica, y tal vez, su mayor sagacidad, frente al resto de sus contemporáneos, fue darse cuenta de que sus soluciones no eran lo suficientemente precisas, afiladas y definitivas. Si es cierto que llegó a ver las cosas de este modo, la gran obra crítica kan-

tiana no proviene sólo de una conversión, sino de una frustración; o, mejor, de una serie de frustraciones que comenzaron en el preciso momento en el que se sentó a escribir sus primeros ensayos.

Ya he mencionado que el escrito de Kant en torno a la polémica sobre las fuerzas vivas hoy nos sirve para mostrar hasta qué punto la cuestión se había estancado en consideraciones metafísicas. El esfuerzo de Kant se embotó en el manierismo de la escolástica postleibniziana. Otro tanto ocurre con dos escritos de 1754 sobre problemas relacionados con la mecánica de la Tierra publicados en un semanario de Könisberg. El primero trataba de resolver el problema de si la Tierra había experimentado algún cambio en sus movimientos a lo largo del tiempo, y el segundo, si la Tierra envejece desde un punto de vista físico. Son dos problemas relacionados entre sí que habían sido propuestos a discusión entre los sabios por la Academia de Ciencias de Berlín. La Academia había convocado el premio en la idea de que era un nuevo test para probar la capacidad explicativa de los distintos sistemas físicos todavía en disputa, cartesianos y leibnizianos. En realidad, se trataba de un desafío que se esperaba resolver de una manera matemática o cuantitativa. El prestigio de Newton ya era inmenso en la década de los cincuenta. La polémica sobre la forma de la Tierra había sido la caja de resonancia para aumentar la credibilidad de la teoría gravitacional. Kant no entró en los aspectos mecánicos del problema y, aunque posteriormente a la fecha de publicación de estos ensayos enseñara matemáticas en Könisberg, su información en la materia era bastante precaria, o al menos no le permitía sumergirse en la versión analítica de la mecánica que tan bien dominaban Euler y otros colegas de las academias. Así se restringió al aspecto "físico", es decir, metafísico, en ambos casos.

En 1755, Kant publicó un libro titulado *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo*, un trabajo que probablemente había sido redactado a lo largo de los cuatro años anteriores. En realidad no era un tratado mecánico del cielo deducido matemáticamente a partir de principios newtonianos. Más bien, era una enorme conjetura imaginativa acerca de cómo se había formado el cielo, eso sí, basado en hipótesis newtonianas. Se enmarcaba dentro de la tradición de Thomas Wright, un teólogo natural inglés que había elaborado una descripción de cómo podría ser el universo estelar considerado desde el punto de vista de un Dios que hiciera gravitar la totalidad del universo en torno de sí mismo; eso sí, usando la teoría newtoniana de la gravitación. Kant no era amante de la teología, pero sí de la filosofía natural newtoniana, y en este libro desarrolló la hipótesis de que el mundo había sido formado a partir de una nebulosa que se fue transformando en el sistema solar que ahora vemos, y en otros sistemas solares que podrían estar diseminados por el universo conteniendo civilizaciones parecidas a las de los humanos de la Tierra. El libro fue un fracaso editorial, pero ha llegado hasta nosotros para mostrarnos la admiración que Kant sentía por Newton.

Como hemos visto, Kant estuvo profundamente influido por las polémicas en torno a la ciencia de su época. Podemos citar otros ejemplos, como su vivo interés por la teoría del fuego y de la chispa eléctrica, muy de moda por aquel entonces. En el decurso de sus preocupacio-

nes por estos problemas, comprobó que la metafísica en la que había sido educado no era una herramienta con mordiente para abordarlos. Pero no fue únicamente la lectura de Hume y la de otros ingleses lo que le despertó de su sueño dogmático, como creo haber reseñado; también influyó de manera notable su experiencia negativa en el tratamiento de los problemas mecánicos para lo que no tenía suficiente conocimiento matemático. Algo que le hizo concentrarse en el estudio de las características del conocimiento puro. Prueba de ello es que nunca perdió interés por la ciencia particular, la cinemática, la mecánica, la química o la astronomía. En *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza*, una obra de 1785, es decir, posterior a la *Crítica de la razón pura*, todavía se plantea el sentido gnoseológico de la foronómia y de la mecánica. El atractivo que para él tuvieron las ciencias particulares no le abandonó nunca.